

PEP CALSAMIGLIA, AMIGO Y MAESTRO

Eugenio TRÍAS

La nuestra ha sido una generación huérfana, sin maestros vivos. De mi paso por la Universidad sólo puedo recordar, con nostalgia, ese oasis de reflexión filosófica que tuvo lugar a mediados de la década de los sesenta en que, en torno a Jaume Bofill, cuyo tomismo cordial se matizaba siempre con la palabra casi poética y con la gran humanidad de su persona, se constituyó un grupo de gente joven y de mucho porvenir filosófico, entre quienes recuerdo a Alfonso Alvarez Bolado y Pedro Cerezo. Con Pedro Cerezo hice mi tesis de licenciatura sobre Platón, sobre los conceptos de *Alma y Bien en Platón*, experiencia ésta indeleble, inolvidable, pues pude tratar con Pedro, un filósofo de cuerpo entero, plenamente entregado a la causa de pensar. Puedo, pues, darme por satisfecho con estos recuerdos, ya que la circunstancia de entonces no daba para mejor cosecha educativa.

Pero sería injusto si silenciara lo que significó, al agonizar los sesenta, la promesa de la Universidad Autónoma, en cuyo marco, desde su arranque, la filosofía ha podido disfrutar, seguramente, de una atmósfera liberal y no crucificada por intrigas jerárquicas, propicia para asegurar nuevas vocaciones filosóficas. Y en ese marco es donde quiero destacar la labor constante, continuada, firme y discreta de Pep Calsamiglia, quien desde el comienzo del experimento autónomo se halló, al principio junto con Xavier Rubert y conmigo, ocupado en dar vida a la filosofía universitaria, académica. ¡Cómo no recordar un memorable seminario en torno al Sofista de Platón, en el que de nuevo nos hallábamos dialogando sobre los inmortales *Diálogos*! Y digo «de nuevo» porque, años antes, en plena clandestinidad, sin descuidar la atmósfera de catacumba, pero sin confundir tampoco la política y la filosofía, se hizo posible otro seminario, en torno a Hegel, con intervenciones de Manuel Sacristán y de Pep Calsamiglia. En esas épocas se luchaba con igual ahínco en lo político y en lo filosófico, se era capaz de asociarse en ilegalidad para leer textos tan rabiosamente ásperos como la *Fenomenología* hegeliana. Eran tiempos de lucha y de avance —también o sobre todo en el frente filosófico. Allí muchos de nosotros nos formamos. Esa atmósfera de catacumba fue nuestra escuela. Y fue una excelente escuela.

En un tiempo en que había ya salido al ruedo filosófico con cuatro o cinco libros que ocasiona-

ron largas polémicas entre gentes de mi edad y generación, constataba con asombro la falta de receptividad que estas expresiones mías u otras de colegas filosóficos de mi edad producían entre personas del mismo gremio pero de mayor edad y experiencia. Durante mucho tiempo lo achacué a deficiencias juveniles imposibles de soslayar. Posteriormente comprobé que las deficiencias eran de quienes, ayunos de ideas, se aferraban, por edad e incapacidad, a algunos dogmas de la derecha, del centro o de la izquierda del plano filosófico. En tanto no se era fiel seguidor de Santo Tomás o de Juan de Santo Tomás, o del Ortega y Gasset monolítico pautado por la ortodoxia orteguiana, o del marxismo siempre secularmente ortodoxo, o de cualquier variante dogmática del entonces pujante positivismo, uno corría el riesgo de ser silenciado y desestimado, por la única razón o sinrazón de atreverse a pensar en nombre propio y con estilo personal. En medio de un ambiente más indiferente que hostil, más mediocre y alicorto que agresivamente enemigo, ambiente que muy bien se acondicionaba en los claustros universitarios, irradiando por las aulas y fuera de ellas cierta olor a cosa podrida y carcomida con relación al hecho vivo que siempre es la filosofía, en medio de ese ambiente de dogmatismo, indiferencia y tartufería moral, sólo hubo una persona que, perteneciente a quintas muy distintas de las mías, de mucha más edad y experiencia, me llamó un día por teléfono porque quería comentar y discutir un libro mío, *Meditación sobre el poder*, libro que había despertado en él un grito de juventud que, sin embargo, nunca en él estuvo amordazado. Ese hombre era Pep Calsamiglia. Desde ese día se inició una constante y creciente amistad, un diálogo que podía ser proseguido en cualquier momento, acaso el más serio e intenso diálogo filosófico que he podido gozar en mi experiencia hasta hoy vivida. Mi relación con Pep alcanzó su cenit a raíz de la compañía compartida en torno al pensamiento de Maragall. Siempre recordaré una comida en *Les Violetes* con Pep y con Jordi Maragall (a quien en esa ocasión conocí) en el curso de la cual se me convenció de que «debía» escribir un libro sobre el pensamiento de Maragall, deber que interioricé muy pronto e hice mío.

El libro está dedicado a Pep. Él me fue guiando, en ese modo suyo de guiar enmascarado en la constante divagación, ya que Pep guiaba diva-

gando: llevaba la conversación a un núcleo problemático resistente que en un determinado momento de su evolución intelectual propia le aguijoneaba. No se sabía cómo, pero en el curso de una conversación con él ese núcleo terminaba emergiendo. Pep era mucho más terco y obsesivo en cosas filosóficas de lo que, a un primer contacto, podía suponerse, dado su peculiar estilo discreto, suave, dialogante, divagante. Pep era un hombre de gran fortaleza filosófica y de obstinada fidelidad a *sus* temas. Y Maragall fue siempre una de sus obsesiones: el pensamiento latente en la obra del gran poeta. El magisterio de Pep fue socrático en la medida en que, igual que Sócrates, terminaba llevando siempre el diálogo hacia aquel terreno de cuestiones filosóficas vivas que fuertemente le inquietaban, por mucho que, aparentemente, al igual en esto a Sócrates, mantuviera siempre el tono vital, amable, disperso y asociativo del diálogo.

Creo que todo filósofo de verdad es siempre así: terco, obstinado, obsesivo y firme respecto a temas inquietantes que insisten una y otra vez. Pocas ocupaciones exigen tanta paciencia y tanta firmeza, tal desafío constante al curso del tiempo, con su vendaval de novedades y noticias. A veces Pep me llamaba por teléfono e iniciaba una consulta técnica (por ejemplo, la correcta traducción al catalán o al castellano de algún giro lingüístico de Heidegger o de Nietzsche). Cuando tal eventualidad sucedía, tenía por costumbre yo instalar, junto a mí, un cenicero (soy un fumador incorregible); me preparaba un café; sabía que la conversación podía durar hasta una hora o más; sabía que no iba a ser una conversación cualquiera, que iba a dar lugar a un largo debate filosófico. Porque a Pep la filosofía le inquietaba y le apasionaba en cualquier momento, *oportune et importune*, era filósofo de verdad, de vocación, de raza.

El único punto en el que llegamos a discrepar, y eso fue sobre todo al final, poco antes de su muerte, era en materia religiosa (Pep era creyente cristiano y yo no lo soy). También discrepamos en torno a la exigencia de sistema en filosofía. Recuerdo que, sobre ello, iniciamos una discusión a fondo en el más extraño de los lugares, en el pabellón de Montjuïc en donde se hallaban las instalaciones de la Televisión Catalana. Xavier Rubert iba a grabarnos sendas entrevistas. Entre tanto hacíamos tiempo en el bar de la Televi-

sión. En medio de electricistas que pasaban en torno nuestro con escaleras de mano, maquilladoras que nos reclamaban, periodistas y políticos que pululaban por allí, Pep inició una larga controversia acerca de la necesidad de sistema en filosofía. Yo afirmaba esa necesidad como necesidad constructiva, arquitectónica. Yo defendía que el filósofo debe tratar sus ideas de manera que configuren un conjunto articulado y conexo. Ciertamente abierto a revisión, a debate, a crítica. Pep no. Pep no creía en ningún sistema filosófico.

Ahora, al recordarlo, un cierto estremecimiento histórico me hace evocar lo que, acaso, fueron alguna vez los debates entre Joan Maragall y Xènius. Este siempre reprochó de vaguedad romántica, modernista y sentimental el *ordo amoris* de aquél, su «amor cívico» y su «ciudad del perdón». Ese día, sin darme cumplida cuenta, estaba llevando a cabo, ante Pep, una apología muy d'orsiana de la geometría de ideas y de la teología frente a la mística. La dialéctica lleva a veces a asumir posiciones que se encarnan provisionalmente de modo experimental y tentativo. Pep creía mucho más que yo en la «palabra viva», por eso no necesitaba escribir. La palabra le investía y se apoderaba de él, sólo que la filtraba, muy a modo maragallano, de forma discreta y enormemente sobria. Por eso, en el fondo, leía la «palabra viva» maragallana desde la ontología de la palabra de Heidegger. Como éste y como Maragall, la palabra era, para Pep, fundadora de la lengua (no simple «uso» de un supuesto «código» lingüístico). Y esa palabra buscada era más bien originaria, primigenia, susceptible, antes que todo, de admiración, con cierto carácter de «infantilidad» en sentido maragallano-nietzscheano. Ello explica su tardío encuentro con María Zambrano, a quien leyó con entusiasmo los dos últimos años de su vida.

Hoy siento un irremediable vacío al no poder contar con esa encarnación de la «palabra viva» que era Pep. La filosofía catalana y española ha perdido uno de sus más fecundos y discretos maestros filosóficos. Ahora toca a nosotros, los herederos de su *ordo amoris*, administrar esa herencia erótica y filosófica, dando a luz, de palabra y por escrito, a través de nuestro estilo propio, cuantas incitaciones recibimos de ese amigo y hermano mayor que Pep siempre fue. El resurgir de la filosofía catalana en la presente genera-

ción se debe, en gran medida, a su asistencia silenciosa. Surgido de la vieja y gloriosa Autónoma, ha sabido impulsar una nueva generación

que, desde Barcelona, irradia ya, en el campo de la filosofía, por muchos lugares de España y fuera de ella.